

12 DE AGOSTO DE 1879.

Madrid.

Por fortuna el circo del Príncipe Alfonso ha presentado dos novedades esta semana, podrá tener esta revista algún carácter de actualidad.

En ese circo se ha refugiado estas noches el Madrid que se divierte... Ha hecho demasiado fresco para los espectadores al aire libre. Ya damos el verano por terminado, y los que se han ido a veranear y solo necesitaban un pretexto para marcharse, ya tienen lo que necesitan para volver; otro pretexto.

Es muy divertida ocupación esta de ser cronista de los acontecimientos sociales. Hoy es la muerte de un emperador, mañana el debut de una actriz célebre, al otro día un crimen espantoso; mas tarde una obra dramática de éxito inmenso, luego la tragedia de un torero o las payasadas épicas de un clown.

Hoy nos toca dibujar maravillosos ejercicios de dos gimnastas, y una caricatura que haría desarrugar el ceño a la mas negra misantropía.

Venao es un descendiente de Leotard. Es joven, es simpático: de una agilidad y fuerza sorprendentes. Es un gladiador con los movimientos graciosos y la dulce sonrisa de una mujer. Los saludos que dirige al público son casi de prima-donna; pero esta afeminación aparente no le perjudica... Harto se ve que es un atleta; sus brazos podrían servir de modelo para la estatua de Hércules; los músculos se dibujan y dilatan bajo su piel como culebras que se retuercen bajo una gasa de color de rosa.

Seria el Apolo de la fuerza si se comprendiese Apolo haciendo volatines... Ello es que el gran esfuerzo corporal necesario para realizar sus ejercicios maravillosos, está disimulado por esa coquetería que después de verificarnos, recibe los aplausos del público... La afeminación en este caso es un nuevo alarde de fuerza; es la sublimidad del arte.

Dos ejercicios verifica, principalmente, que son entusiastamente aplaudidos.

En el primero asombra.

En el segundo aterrera.

Es el primero lanzarse desde un trapeico colgado a gran altura a cogerse de las manos de Nestor; que le aguarda colgado de los pies en otro trapeico.

Venao se lanza despedido y se coge, en efecto, de las manos de su compañero después de haber dado en el aire dos saltos mortales.

Se le ve volar en el espacio, con impulso desconocido é incomprendible y enlazarse al fin con Nestor correcta y automáticamente.

No se puede hacer nada mas sublime de una cosa tan vil como la carne y los huesos.

El otro ejercicio—ya lo he dicho—aterrea. Hagan Vds. cuenta que se reúnen a presenciar un suicidio bajo el viaducto de la calle de Segovia.

Venao se arroja desde el techo del circo hasta la red suspendida pocos metros sobre las butacas... Se le ve caer desde tan grande elevación y luego ponerse en pie de súbito y saludar risueñamente...

Los que no se han desmayado del susto... aplauden.

Sin embargo, uno de esos espectadores descontentadizo, y nimiamente escrupulosos, decía:

—La verdad es que la red le quita a este ejercicio mucho mérito.

Después de la tragedia el sainete.

Después de Venao Mr. Chirquin.—Su apellido dibuja desde luego al personaje. Es un personaje extravagante, ridículo, el último esfuerzo de la imaginación en la excentricidad.

Es difícil decidir si Mr. Chirquin es un mono, un clown o un bufo.

A primera vista se diría que era la última transformación de Mr. Pongo hacia la perfectibilidad.

Porque, en efecto, Mr. Chirquin es Mr. Pongo, el mono mas ilustrado de la creación, vestido en un guarda ropa de carnaval y jugando con los instrumentos desconocidos de una orquesta antidiluviana.

Mr. Chirquin no tiene forma corporal: es un fantasma, es un monigote hecho de líneas como esos que hacen los chicos en los libros de la escuela; es el varillado de un paraguas.

Su traje es de una extravagancia ofensiva. Un sombrero altísimo, como tubo de chimenea, blanco con entresuelo negro; un chupetin color de naranja a lo chispero y unos zapatos como bateles. Un pantalón colan, negro, como su fisonomía y sus manos, completan la toilette.

Esta silueta grotesca, que gesticula y canta y baila originalisimamente, alzando un estrépito espantoso cada vez que zapatea sobre el escenario, es seria y es jocosa al mismo tiempo; es la silueta de un tonto de capirote y es el perfil de un ser infernal.

Tan delgado y negro... parece el esqueleto de un diablo quemado en algún auto de fé.

Así como la especialidad de Venao son sus dos saltos mortales en el espacio, la de monsigur Chirquin es cierto lo que se hace con las piernas cuando quiere doblarlas, que realmente es cosa digna de ver.

Sus piernas, entonces, son dos líneas que se retuercen como una especie de columna salomónica. Las enlaza y desenlaza, formando un molinillo, que no parecen dos piernas, sino un par de docenas por lo menos.

Si yo hubiese de definir a Mr. Chirquin me limitaría a decir: Es un ser... eminentemente ridículo.

¿Qué hay?

¿Paga o no paga?

¿Será o no será, al fin, empresario?

¿Cumplirá sus compromisos con Gayarre o no los cumplirá?

¿Qué saben Vds.?

¿Se dicen tantas cosas!

Por de pronto, dícese que ayer no entregó el dinero. Verdad es que hoy lo entregará sin falta, según la opinión de sus amigos.

Entre tanto se han hecho mejoras de importancia en el teatro y se han reemplazado las butacas por otras nuevas.

Estas butacas alguien las pagará.

El Sr. Robles, por su parte, aguarda en el foro con su compañía de reserva. No quiso presentarse a la subasta; pero no quiere tampoco quedarse sin teatro.

Y el tiempo pasa, la época se acerca; los abonados antiguos piden noticias desde el extranjero; alguno dispone su vuelta, y la cuestión del teatro Real, esa vanidad que alimenta a 500 familias, toma proporciones colosales.

Se habla de una casa poderosa de París que está detrás del Sr. Rovira, dispuesta a ser el Pegaso del Olimpo de la filarmonía; quien supone que el negocio tomará aspectos sorprendentes y desconocidos, quien que este año no se abrirá el teatro Real.

Y a todo esto permanece dudoso, quieto, escondido, lleno de terror y de espanto aquel en el cual tienen fijos sus ojos los Roviras, los Robles, las casas poderosas de París, los tapiceros y los cientos de familias susodichos.

El dinero de los abonados.

Si es que los abonados tienen todavía dinero.

Una lunática.

Noticias bibliográficas.

La selva oscura, poema por Gaspar Nuñez de Arce.—Un vol. de 47 págs.—Madrid: Murillo y Fé, lib.; Fontanet, imp.; 1879.

El actual período de su vida es un período de dicha fecundidad en la existencia de ese poeta peregrino, que comparte con Campoamor el imperio absoluto de nuestra lírica en estos momentos. Ayer aplaudíamos *La última lamentación de lord Byron*; hoy debemos el tributo de un elogio no menos entusiasta a *La selva oscura*, y dentro de poco tiempo, porque Nuñez de Arce lo está escribiendo ahora, un nuevo poema arrancará como ecos palabras de admiración a nuestros labios, sinceros elogios a nuestra pluma.

Nuñez de Arce—y *La Selva oscura* es el mejor testimonio de ello—domina la forma, venciendo todas las rebelías de la versificación, como Campoamor domina el asunto. No escriba, esculpe las palabras, de la propia manera que aquel coloso de nuestro Parlamento, que cayó como la piedra en la laguna, al ruido golpe, en insondable fosa...

Es elevado y grandioso, a la vez que correcto. *La selva oscura* nos recuerda los poemas dantescos. Nuñez de Arce, sucesor de Quintana y de Tassara, ha aventajado a éste y ha colocado ya su nombre, cuando menos, a tanta altura como aquel. Sin representar una regeneración poética de nuestro arte lírico, es quizá el vate de mas porvenir que cine entre nosotros la laureada corona. ¡Ojalá el favor público le estimule a no abandonar la brillante senda en que ha conquistado ya tan merecido renombre y tan profundas simpatías!

Breves consideraciones sobre estética química forestal, por D. Luis de la Escosura y Corcuera.—Un volumen de 86 págs. en 4.º mayor.—Madrid, 1879.

Este libro explica la influencia que la cubierta de los montes, es decir, la capa de hojas y musgos que existe sobre la superficie de aquellos, tiene en el desarrollo y en la producción de los mismos; problema interesantísimo bajo el punto de vista forestal, puesto que indica la relación que existe entre los elementos químicos que estas hojas pueden dar al suelo por su descomposición, y los que del monte se extraen periódicamente por la corte de las maderas.

El Dr. Ebermayer, profesor de química agrícola y de geología en la escuela de Montes de Aschaffenburg, en Baviera, ha hecho sobre este asunto gran cantidad de observaciones y análisis, demostrando el efecto que esa cubierta produce en la vegetación, ya reteniendo la humedad, ya preservando la superficie del terreno de la acción directa de los rayos del sol y modificando, por lo tanto, su temperatura, ya devolviendo al terreno, por su descomposición y la formación consiguiente del *humus* o *mantillo*, una parte de las sustancias, principalmente minerales, que habían pasado de él, por el intermedio de la savia, a formar los árboles de que el bosque está compuesto.

El Sr. Escosura, aprovechando estos estudios del doctor alemán, estudios debidos a una larga serie de años y de trabajos, presenta en su libro el resultado de aquellas observaciones y análisis, de los que nuestros ingenieros podrán deducir útiles enseñanzas.

Es lamentable que el Sr. Escosura no haya agregado algunas consideraciones sobre las diferencias probables que, dada la diversidad de posición y de condiciones meteorológicas, debían encontrarse en España, en donde estas observaciones no se han hecho y es de temer que no se hagan en mucho tiempo, pero a pesar de esto, la obra en que nos ocupamos es de gran utilidad bajo el punto de vista de las condiciones a que debe atenderse para procurar la mejora de la producción forestal, que debiendo entre nosotros merecer preferentísimo cuidado, está como la mayoría de los servicios públicos, poco atendida por falta de recursos, de personal y del celo que los grandes centros administrativos debían consagrarle.

Otras publicaciones.—El inteligente director de la *Revista de Medicina y cirugía prácticas*, señor Olesia y Cardona, ha traducido a nuestro idioma un libro que ofrece a las familias vivo interés por la materia que trata y la autoridad del profesor a cuya pluma se debe. Este libro se intitula *Del uso de los baños de mar en los niños*, y es original del Dr. Brochard.

Merecen leerse los artículos que está dando a luz en la *Revista de España* el catedrático de la universidad de Valencia, Sr. Perez Pujol. Nadie conoce tan bien como este inteligente profesor el período gótico de la historia de nuestro país, sobre el cual prepara hace muchos años un trabajo político-jurídico que será seguramente digno de la ansiedad con que esperan su

aparición todas las personas versadas en ese género de estudios.

—Está hecha con esmero la traducción que acaba de dar a luz D. Eduardo Quilez de la interesante novela del popular y fecundo Carlos Dickens, *Paris y Londres en 1793*. Forma un abultado volumen de muy cerca de 500 páginas.

—En los últimos números de la *Revista Europea* se han dado a luz un buen estudio biográfico y crítico del poeta inglés Tennyson, suscrito por el Sr. Arana; un discreto análisis de *L'Aommoir*, de Emilio Zola, por F. Moja y Bolívar, y los primeros capítulos del *Wilhelm Meister* de Goethe.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

Pelar la pava.

Estó de pelar la pava no se sabe con certeza de la manera que empieza, mas sí del modo que acaba. (Fragmento de un poema nocturno.)

I.

Lector, si no has estado en Andalucía y eres aficionado al bello sexo, haz un viaje a Sevilla; pero no en el invierno, porque durante esta época del año, la reina del Bétis es una ciudad de provincia como otra cualquiera; y a Sevilla hay que verla, estudiarla y admirarla desde que comienza el mes de junio; entonces se convierte en una ciudad transparente como las hurries del Corán.

Voy a explicar la frase.

Instaladas las familias en el piso bajo de sus casas, viven, digámoslo así, en el patio, y como las puertas y ventanas permanecen constantemente abiertas, las miradas penetran en el interior.

Excepto dormir, la mayor parte de los actos de la vida doméstica, se efectúan en el patio.

El patio es la pieza de honor de la casa. Cuidadosamente limpios y adornados, según los medios de cada *quique*, los patios de Sevilla presentan un aspecto encantador. En casi todos ellos vense cuadros de mas o menos mérito, pero que revelan la patria de Velazquez y de Murillo; magníficos tientos de cactus y de plátanos gigantes, que convierten a esta ciudad en la antecala del trópico; aves del otro Mundo presas en jaulas primorosas; y frescas fuentes derramando sus surtidores sobre pilas de mármol y rodeadas de flores, porque

¿Y quién que ama al amor no ama las flores?

Y en Sevilla se ama mucho al amor.

Nada mas nuevo, nada mas agradable y sorprendente para el viajero, que recorrer de noche las calles de Sevilla.

Figúraos un aficionado a las hijas de Eva, que pudiera ver en una noche a casi todas las mujeres de Madrid, y os podréis formar una idea del encanto de aquellos paseos.

Las puertas de las casas de Sevilla están abiertas, detrás del portal hay una cancela y detrás de la cancela...

¡Virgen Santa, qué mujeres! Iluminadas por una luz brillante, esmeradamente vestidas, recclinadas en sillan mecedoras, ni mas ni menos que las criollas.

Y veis a todas, porque exceptuando el de San Telmo, todos los palacios, todas las casas, todos los *corrales* y todos los *cotarros* de Sevilla están abiertos a vuestras miradas.

II.

Pero el principal encanto de Sevilla consiste en pelar la pava.

La pava se pela algo en toda España, algo mas en Andalucía; pero en la capital de ésta, se descañona, se deja tan rasa y tan limpia como la palma de la mano.

En otras localidades solo pelan la pava los amantes contrariados: en Sevilla no es amante, ni novio formal, ni va con *buen fin* el que no pela la pava con su amada; aunque tenga facilidad de estar junto a ella constantemente.

El patio ó el estrado son el prólogo; pero la comedia ó... tragedia, solo se verifica al aire libre, *cabe la reja*.

Una muchacha sevillana puede precindir, y esto es incommensurable, de ir a la Plaza Nueva; pero de pelar la pava ¡jamás! porque una muchacha que no pela la pava, es una historia falsa, una poesía sin estro, una *corte sin damas*, una *primavera sin flores*.

Está humillada: no vive mas que a medias. Cuando un transeunte pasa a ciertas horas de la noche por frente a una casa en que sabe que moran una ó mas muchachas bonitas, y ve cerradas las rejas, se sorprende.

El sereno del barrio está tambien contrariado y humillado.

Porque los serenos de Sevilla son tan benévotos, como rudos los de Madrid.

Si en Madrid os deteneis de noche en cualquier sitio, aunque vayais elegantemente vestido de blanco, con tal de que haya cerca una carbonería, el sereno os tomará por un ladrón que vá a *añanar* carbon.

¡Qué aberración!

En Sevilla el sereno es el protector nato de los amantes, y aunque vivan en el extremo opuesto, si pelan la pava en su distrito, os saludan atentamente, como diciendo: este es de los míos.

La pava dá carta de naturaleza en el barrio. El origen de pelar la pava se pierde en la noche de los tiempos; así es que nadie ha podido averiguar a ciencia cierta la etimología del nombre que se dá a esta dulce ocupación. No obstante, yo he traslucido algo; la insigne escritora, conocida con el nombre de Fernan-Caballero, la única vez que tuve la satisfacción de departir con ella; me explicó el sentido probable de aquella y de otras frases andaluzas.

Parece ser que un tutor meticoloso y regañón, sorprendió a su pupila hablando con un hombre por la reja, a alta hora de la noche; y le preguntó furioso, qué hacía junto a las ventanas de su casa.

—Señor, dijo el interpelado, no se sulfure usted, porque la cosa es bien sencilla; á mí pobre-cita madre le ha dado un soponcio repentino; hemos llamado al médico y éste ha mandado que inmediatamente se le aplique una

pava pelada á la boca del estómago. Figúrese usted, señor, yo he salido de estampia, he ido al mercado; he despertado á un vendedor, le he hecho que me venda una pava; pero no ha querido ayudarme á pelarla. Yo he venido haciéndolo por el camino, y habiendo visto á esta jóven que regaba los tientos de la reja; como la cosa urge, la he pedido que me ayude á pelar la pava y... mire usted.

Y sacando de debajo de la capa una pava á medio pelar, se la presentó al tutor, el cual, la tradición no dice si se dió por satisfecho.

III.

Todo amante que pela la pava, se trasfigura. Es un cuerpo opaco que despiden rayos entre las sombras.

Un gato negro que lanza chispas fosfóricas en la oscuridad.

En Sevilla, á ciertas horas de la noche, no se necesitan faroles.

Cuando se pela la pava, el galán está, como es natural, en pie al lado de la reja; pero esta regla tiene sus excepciones.

Hay galanes cómodos.

Yo he visto en la calle del Príncipe, que en Sevilla no es tan céntrica, ni tan ancha, ni tan transitada como en Madrid, un pelador de pava cómodamente sentado en una butaca y teniendo al lado una maquilina para hacer café.

Debería ser un sibarita.

IV.

He dicho antes que la mayor contrariedad que puede sufrir una mujer de Sevilla, es la de no ir á la Plaza Nueva, que es el sueño dorado de todas, tengan ó no tengan amante; porque si le tienen, le ven, y si no le tienen le encuentran, y de aquí dimana la cita y luego los paseos por la calle y después la reja que se abre y la pava que se pela.

La Plaza Nueva era antes el paseo de todas las clases; ahora hay un jardín privilegiado á semejanza del Retiro de Madrid, al que concurre la gente de fuste, las damas que pretenden lucir y dejarse ver, las pollitas que cazan con *cetrería* ó *séase altanería*, los elegantes que se visten con Juan Cruz, el Napoleon I de los sastres de Andalucía, los extranjeros de distinción, y finalmente, cuantos no tomen la brillante y analítica luz de los faroles.

Pero estas cosas, caro lector, las verás en todas partes; en París, en Viena, en Londres y en Madrid; lo que seguramente no verás mas que en Sevilla es la Plaza Nueva llena de gente del pueblo y de la clase media, y con un color nocturno que se asemeja á una auro-ra boreal.

Lo que no encontrarás en ninguna parte mas que en Sevilla, es la cancela, la mecedora, la reja y la pava.

V.

Lector, créeme: ve á la ciudad del Guadalquivir, durante el estío; por algo se ha dicho: *San Petersburgo en invierno y Sevilla en verano*.

F. MORENO GODINO.

El porvenir de la hulla.

La hulla, ya lo hemos dicho en otro artículo, es el elemento mas precioso y útil de la civilización. Su origen se pierde en la noche de los tiempos con las primeras convulsiones geológicas de nuestro planeta. Dadas las condiciones del progreso, su uso es hoy tan importante que todos los pueblos cultos de Europa y de América, son esclavos de ese combustible, al parecer tan despreciable.

Los chinos y los romanos han conocido la hulla; pero ni unos ni otros supieron aplicarla á los usos de la vida. En Bélgica, cerca de Lieja, parece que empezaron las explotaciones en el siglo XII. La imaginación poética de los belgas creó una leyenda interesante acerca del descubrimiento de la hulla.

Honillos, según refiere la tradición, era un pobre albañil de Pleneveaux. Sin trabajo por no tener dinero para comprar leña para alimentarse su fragua, estaba desesperado y próximo á perecer de hambre con su dilatada familia. Abatido y sin esperanza, salió un día al campo con el objeto de suicidarse, cuando se la apareció un anciano de aspecto venerable y de barba blanca.

—Me consta, Honillos, la causa de tu desventura, díjole el anciano, y voy á proponerte un medio eficaz para que puedas pasar sin necesidad del carbon de leña. En la ladera de la montaña próxima y á corta distancia de un arroyuelo, encontrarás en el suelo una excelente tierra negra para tu fragua. Empléala, hijo mío, y tus desdichas cesarán y tu felicidad será segura.

Abrumado por el dolor, apenas escuchó Honillos estas palabras; mas cuando alzó la cabeza para interrogar al anciano, este habia desaparecido. Contrariado por esta aventura, no supo al principio qué resolución debía adoptar: la lucha entre la vida y la muerte era terrible en el alma de aquel desgraciado; pero el instinto de la conservación triunfó al fin. Honillos se levantó, miró al cielo resignado y se dirigió lentamente á la ladera de la montaña inmediata, siguiendo el consejo de su celeste mensajero. El resultado fué satisfactorio y brillante, pues el trabajo no le faltó á Honillos desde aquel día, para él tan venturoso.

Mas de setecientos años hace que esto pasó, y sin embargo, el carbon de piedra no gozó después gran concepto en Europa, pues se le acusaba de que era nocivo á la salud, que infestaba el aire y que ensuciaba la ropa. Se ensayó después en varias épocas, aunque sin resultado ni utilidad alguna. Ha sido necesario que revistiera una nueva faz el progreso, que las necesidades de los pueblos fuesen cada día mas crecientes y que se perfeccionara la industria para que la hulla adquiriese la importancia que hoy tiene. Desde entonces es la soberana del mundo. A ella deben su vida y su desarrollo los tres grandes y únicos elementos de la civilización contemporánea: la ciencia, el comercio y la industria.

Veamos si no la explotación que de tan precioso combustible se hace en el mundo. Inglaterra, incluyendo á Irlanda, produce cerca de 100 millones de toneladas anuales; Prusia, qu-

le sigue en orden, produce 17 millones; Francia y Bélgica 12 millones; Austria cuatro; Alemania produce menos todavía, y los Estados Unidos sacan 17 millones de toneladas de sus minas.

España cuenta con bastantes cuencas hulle-
ras, las cuales se hallan en las Baleares y en las provincias de Alicante, Barcelona, Burgos, Córdoba, Gerona, Leon, Logroño, Oviedo, Palencia, Santander, Sevilla, Teruel y la que se acaba de descubrir en la provincia de Ciudad-Real. La explotación de estas cuencas asciende hoy á 800.000 toneladas anuales, y su valor á boca-mina pasa de 36 millones de reales todos los años.

Aunque es modesto el contingente que ofrece nuestra industria hulla no es, sin embargo, tan despreciable como para dejarlo de consignar en obras didácticas, según lo hacen, con notoria injusticia, algunos autores extranjeros y entre estos Flammarion, el cual en una obra que ha publicado en Francia cita todos los países productores de hulla y omite citar el nuestro. Desgraciadamente esta vituperable conducta no es de extrañar, tratándose de España, en algunos autores franceses y especialmente en Flammarion, pues este escritor, que con tanto desprecio trata siempre las cosas de España, es ya célebre en Europa, tanto por su es-
trambótico lirismo científico, cuanto por su falta absoluta de sentido crítico. Por esta razón se explican las exageraciones y los errores de que están llenos los libros de Flammarion, y que en la citada obra elogia y pondera la riqueza en plomo de Inglaterra, y no se acuerda de nosotros, cometiendo esta injusticia con España que en este ramo no tiene rival en el mundo, como lo saben todos los mineralogistas, hasta tal punto que en 1875, por ejemplo, mientras Inglaterra dió 58.286 toneladas de plomo, España produjo 107.770 toneladas en dicho año, es decir, cerca del doble de la cantidad obtenida por la Gran-Bretaña.

Es verdaderamente admirable el número de hombres dedicados al trabajo de las minas en todo el globo. Los trabajadores ocupados solamente en las minas de hulla pasan de un millón, y constituyen por lo tanto un verdadero ejército; pero ¿qué diferencia entre este ejército armado de picos y el ejército armado de fusiles! Mientras los ejércitos permanentes consumen para su sostenimiento sumas fabulosas y no sirven para nada útil y provechoso, el ejército hullaero ejecuta su duro trabajo en las entrañas de la tierra, en el seno de las sombras eternas, extrayendo de esas negras catacumbas el fuego que hace circular alrededor del globo las locomotoras y los barcos, pone en movimiento millones de máquinas, sostiene la vida en todos los pueblos y alumbra nuestras ciudades.

Nada mas siniestro y pavoroso que las minas de hulla, verdaderos antros de Vulcano, vivas representaciones del infierno del Dante. El minero, por medio de pozos interminables, desciende á las profundidades de esas ciudades subterráneas, habitadas constantemente y alumbradas por lámparas humosas, que dan á aquellas regiones un aspecto extraño y fatídico. Tienen ferro-carriles que recorren sus grandes galerías por medio de caballos y locomotoras; están bien ventiladas; hay fuentes y manantiales de aguas vivas, y hasta plantas de una especie particular. Numerosas chimeneas envían al aire torrentes de humo y chispas de fuego. Un polvo bituminoso cubre las habitaciones y los habitantes, y cuanto allí vive y se desarrolla; y por todas partes se oye el estruendo atonador de los picos que hieren el suelo, de los martillos y laminadores y los barrenos que estallan con furor en esos laboratorios gigantes de ciclopes.

En estos centros profundos, en donde con frecuencia ocurren siniestros espantosos que privan de la vida á millares de obreros, se extrae el combustible mineral que nos ocupa. Estos accidentes afectan anualmente á un 2 por 100 de trabajadores por término medio. La producción de cada 100.000 toneladas supone la muerte de un hombre, y como el total de la explotación hullaera del globo asciende á 170 millones de toneladas, juzguese de las víctimas que todos los años ocasiona la extracción de la hulla. Cada mina, pues, es un verdadero campo de batalla, y cada pedazo de carbon de piedra está empapado en sangre humana.

Un célebre geólogo ha calculado que si la Europa entera estuviese cubierta de bosques, apenas daría cada año una cantidad igual á la que suministra la hulla; y como quiera que ésta no se produce espontáneamente la tierra, sino que procede de los bosques antiluvianos sepultados, y su consumo es tan considerable, una cuestión profunda y de trascendencia suma preocupa hoy á los geólogos modernos, respecto al porvenir de la hulla.

La cuestión es de un interés extraordinario. Sir William Armstrong fué el primero que dió el grito de alarma, y luego fué secundado por sir Roberto Murchison y por otros geólogos eminentes. En su discurso de apertura de la Asociación Británica, de la que era presidente Armstrong en 1863, llamó vivamente la atención de los sabios y de los industriales sobre la rápida disminución de los carbonos de piedra; y en virtud de los profundos estudios que había hecho sobre este asunto, anunció el completo agotamiento de las minas de hulla antes de dos siglos.

Este pronóstico se halla fundado en cálculos penclísimos, y es un punto incuestionable para los geólogos. En vista de esto, ¿qué será de la industria europea cuando desaparezca ese poderoso elemento de vida? No lo sabemos; pero si los descubrimientos que el porvenir llevará á cabo no crea nuevas maravillas y nuevos medios de locomoción, es probable que el genio de la industria resuelva el problema inventando motores poderosos movidos acaso por medio de la electricidad, por el calor solar ó por una fuerza desconocida aun por la ciencia. ¿Qué puede oponerse al espíritu investigador del hombre? No hemos visto realizadas en nuestros días cosas que nuestros padres calificaron de utopías y de absurdos?

J. DE TORRES Y GARCIA.
(Ingeniero industrial.)

El tirano.

La conversación versaba sobre lord Palmerston, y los que habíamos tenido la suerte de conocerle en Inglaterra, haciendo justicia á su talento práctico y á su *savoir vivre*, nos deleitá-

bamos en elogiar su buen humor recordando algunos rasgos de su genuino *humorismo*.

—Cuando yo estaba emigrado en Londres, dijo D. Salustiano de Olózaga, allí presente, le pedí una vez una entrevista con el fin de hablarle de un asunto importante. Citóme para las dos de la tarde del día siguiente en su propia casa, y yo, que conocía su exactitud y formalidad, acudí puntualmente. Figúrense Vds. mi disgusto y mi sorpresa cuando me dijeron que había salido á la calle. Al otro día, y apenas de haber concluido mi almuerzo, sin anunciarse y con alegre sonrisa en el semblante, penetró el célebre lord en mi modesta habitación, y estrechándome cordialmente la mano, díjome con seriedad cómica: —(Prácticamente he comprendido el por qué, según dicen, anda algo atrasadilla España en comercio, industria y agricultura y el por qué tienen Vds. cierta fama de indolentes. ¿Recuerda Vd., amigo mío, que ayer tuvimos un día despejado y que el sol se dignó favorecernos con una rara visita? Pues no pude resistir, y olvidando negocios y compromisos, pedí un caballo y me fui á pasear al campo. Vd. perdona, y ahora hablemos de negocios.)

—El sol murmuraba yo al retirarme de reunión tan agradable; y de regreso á mi casa, cogí la pluma y emborróné lo que puede ver el lector por poca curiosidad que tenga.

II.

Pára y oyeme ¡oh sol! yo te saludo
y estático ante tí me atrevo á hablarte.

Ojalá que mi acento poderoso,
sublime resonando

¡Oh sol! á tí llegará
y en medio de tu curso te parará!

Es el sol un globo que se cree en general compuesto de materia ígnea, del cual recibimos la luz y el calor: dista de la tierra 27 millones de leguas, por cuya gran distancia nos parece tan pequeño, sin embargo de que es un millón cuatrocientas mil veces mayor que la tierra; tiene, además, un movimiento sobre su eje, etcétera, etc.

Tal dice un tratado de geografía astronómica escrito para uso de los niños; que así, desde muy temprano, comienzan ya á conocer científicamente al mayor enemigo de su patria.

El sol de España es, en efecto, una calamidad nacional, y la historia de las desgracias de que ha sido causa se pierde en la noche de los tiempos.

Como el que se habitúa al opio, como aquel que del peligro hace una costumbre, nosotros y nuestros hijos miramos cara á cara y nos calentamos al amor de esa serpiente luminosa que la mayor parte del día envenena nuestra existencia y la de nuestras familias.

En vano es que apartemos la novela francesa de las manos de nuestras esposas y de nuestras hijas; inútil es nuestro afán en alejarnos de malas compañías; de ningún valor es nuestro celo por mejorar las instituciones políticas de nuestra patria: mientras el sol no suprimamos, no habrá esposo tranquilo, ni individuo rico, ni ciudadano contento, ni ser humano feliz.

Denunciemos al cielo paternal de la policía este enemigo del bienestar público.

El humo de la fábrica, el martilleo del taller, el ruido de la máquina, oye constantemente en las tristes y apartadas regiones del Norte.

El susurro de la brisa, la melodía de la canción amorosa, la poesía del *dolce far niente*, déjanse con frecuencia sentir en los países bañados por el sol meridionalmente sarcástico.

Esta fiesta, que durante tantas horas diariamente se repite *gratis*, tendría sus encantos á no dejar los caminos sin construir, la agricultura, la industria y el comercio sin amparo, los campos cubiertos de maleza, y de miseria los individuos honrados.

Regálanos, en cambio, la pereza, su hija primogénita, y con ella la filosofía estoica y la fatalista, y el *qué se me da*, y el aplazamiento de todo al *mañana* que nunca llega, lo cual nos hace ver indiferentes los males públicos y privados que forman nuestra decadencia.

A parte de estas gracias, el sol regala jaquecas á nuestras mujeres y calenturas á nuestros niños.

Es el enemigo de la sociedad: por él se engendran y estallan los motines; por él se aumenta el número de pretendientes y cesantes; por él duermen sin resolver los expedientes en los archivos; por él existe la capa, que es á la limpieza personal lo que la lotería á una profesión honrada: ni el que se envuelve por costumbre en el embozo se cuida del aseo, ni del trabajo el que todo lo fia á la suerte.

Si bien lo consideramos, el sol nos insulta diariamente: parece como que nos dice: «Yo soy también el sol de Marruecos».

Ni aun Dumas se atrevería á decirnos en nuestra cara otro tanto.

Y sin embargo de esto, lo buscamos, lo tomamos en nuestra compañía, y el día que no le vemos, todos los españoles nos ponemos mistios y cabizbajos, que á tanto ha llegado la pernicioso influencia de este rubicundo Mefistófeles.

Mas hermosa que un sol llamamos á la mujer amada; «es un sol» decimos de un hijo; que tiene hebras de oro, (¡qué crueldad para el lector pobre!), refieren los poetas; y todos compadecemos á los que no gozan de la continua presencia de ese vago de los espacios.

Ataquemos, pues, de una vez y para siempre al enemigo común: si Bertoldo abandona el mostrador de su pueblo y con la mal templada lira viene á recoger desengaños á la corte, dejando anegada en lágrimas á la modesta familia de que es sosten; si Simplicio descuida sus tierras en la provincia, para cultivar en Madrid el mar sin fondo de un lindo rostro; si Perico Fernandez descuida una honrada profesión, para dedicarse á hacer la infelicidad de la patria; si á Cornelio da su cara mitad disgustos; si alguna vez el Leon de Castilla encrespa la cabellera de Don Quijote y va rugiendo á lejanas tierras dejándose un diente en cada aventura, culpemos tan sólo á nuestro decantado sol. Buscad una mejora europea, trasplantadla á nuestro suelo, y la vereis marchitarse y morir mas ó menos lentamente: esto no sucede ni con las higueras, ni con las palmeras, ni con la parra, ni con los higos chumbos, ni con otras cosas.

El sol nos hace dejarlo todo para el día si.

guiente; envía nuestros empleados algo tarde á sus oficinas, de las que suele sacarles demasiado temprano; multiplica los días festivos; fomenta la dudosa sensibilidad de las coquetas; protege el celibato, los cafés y los toros; es causa de muchos malos matrimonios, y si hay harrem en Tánger, él solo tiene la culpa.

Ante la lógica de los hechos, hay que inclinarse la cabeza; el alfange y el zancarrón de Mahoma son una consecuencia inmediata de los rayos del sol.

Matar tiempo, es decir, perder tiempo, ¿qué otra cosa es sino un rayo de sol que nos penetra en el cerebro?

El individuo que todo lo espera de un buen amigo, la corporación que todo cree conseguirlo de una recomendación oficial, la colectividad que todo lo pretende del Estado, ¿son otra cosa mas que organismos á quienes el sol da una broma pesada?

Meditemos; el sol es un astro de mala sangre y de peores entrañas.

Los españoles, cosa rara, no nos hemos metido nunca con él; jamás hemos conspirado en contra suya, que no es poco decir; antes bien le hemos considerado como de casa, como de la familia, como á un caballero.

Hemos criado en su amor á nuestros hijos, y generación tras generación, le han rendido un culto idólatra.

Con una abnegación sin límites hemos buscado siempre en nosotros mismos el origen de nuestras desgracias; y si alguna vez hemos alzado los ojos ha sido para decir á ese Yago que sobre nuestras cabezas se cierne: —(Tú eres nuestro mejor amigo, el alivio de nuestras penas; ¿qué sería sin tí de nosotros?)

Y ese traidor, de quien no hemos sospechado, ha seguido y sigue tranquilamente su criminal carrera.

Protestemos alguna vez contra el tirano.
FRANCISCO DE ACUÑA NAVARRO.

De Paris á Baden.

(Notas de viaje.)

Entre Nancy y Lunéville crúzase el río Meurthe y el canal del Marne al Rhin. El canal va por encima de un puente; el río va por abajo; el puente es bastante elevado: hace un efecto original el ver pasar por allá arriba aquellas enormes barcas cargadas de madera que se dirigen de la Lorena á la Alsacia. Casi todas van guiadas por mujeres; muchas llevan la caña del timón atada, mientras dan de mamar á sus pequeños; todas pasan cantando, y he observado que sus canciones son siempre tristes. A primera vista distinguí las lorenas de las alsacianas: aquellas muestran en su tez un ligero tinte bronceado y su mirada es profunda; las alsacianas tienen blanca la tez y la mirada vaga y soñadora. Todas ellas carecen de la proverbial alegría francesa. Aun sus pupilas están nubladas por el sombrío recuerdo de la patria perdida.

Al llegar á Blainville observo que en la estación reina grande algazara; oyense carcajadas por todas partes; los viajeros que vienen del Mediodía dan cuenta de un suceso que hace reír á todos. Es el caso que en el departamento del Ardeche acaba de aparecer un Josué de los caminos de hierro. Todos los viajeros que el sábado último se dirigían á la estación de Privas con objeto de tomar el expreso, encontrábase en el camino con un hombre que les decía:

—No se molesten Vds. El tren hoy no podrá partir; lo voy á detener yo.

La formalidad y la convicción con que esto aseguraba despertaron en todo el pueblo el natural interés, y los vecinos de Privas en masa invadieron la estación ansiosos de presenciar lo que allí iba á ocurrir. Hace el tren su entrada, y nuestro hombre, acompañado de un escribano, saca del bolsillo un papel y embarga la locomotora; despues va embargando los coches uno por uno, y por poco embarga también á los viajeros. Luego se encamina hacia el jefe y le manifiesta que el tren no saldrá de allí mientras la compañía no le abone ciertas cantidades que le adeuda. Pero ¡oh pobreza de la ley! Al llegar la hora reglamentaria suena el pito del jefe y el tren parte con la misma regularidad que si no le hubiese embargado nadie.

El terrible acreedor ha sido mal aconsejado: debió empezar por embargar el pito.

Strasburgo! Hagamos alto.

Veo los edificios adornados de granadas y bombas recogidas durante el sitio: la torre de la catedral se pierde de vista entre la densa bruma del crepúsculo; en un cuerpo de guardia de la plaza Kléber tocan la retirada; es grave, larga, monótona; es un mismo toque repetido nueve veces. Mientras como, me procuro algunas noticias; el emperador Guillermo es esperado; dícese que viene á presenciar las grandes maniobras militares que se preparan; la guarnición de Strasburgo se compone de doce mil hombres de todas las armas; la plaza está defendida por novecientos cañones. Excepto la ciudadela, todas las obras de defensa son nuevas, y además de las grandes murallas que circundan la población, ésta se halla rodeada á cierta distancia por doce fuertes.

El general de la plaza es al mismo tiempo gobernador militar, prefecto y alcalde. Se me ha olvidado preguntar si ejerce también las funciones de obispo.

A las nueve celébrase un concierto á beneficio del cuerpo de bomberos alsacianos, que ha hecho prodigios de valor en un incendio terrible ocurrido la anterior semana en los Vosgos. El aspecto del jardín donde se celebra la fiesta me conmueve: los farolillos venecianos que lo alumbra ostentan los tres colores de la bandera francesa. Una joven artista, de gran belleza y de grandes facultades, Mlle. Bellia, canta aires patrióticos; cada vez que los nombres *Paris* y *Francia* se escapan de sus labios, un trueno de aplausos los saluda; cuando la artista exclama:

«J'ai toujours l'espoir
de te revoir ma belle France!»

el público en masa corea la canción con lágrimas en los ojos. Recordé el *poë victis* de los antiguos; pero me dieron lástima los vencedores.

Strasburgo puede visitarse en un día. Dos cosas principalmente atraen la curiosidad de los viajeros: la catedral y el Rhin. Apenas abrí los ojos al día siguiente de mi llegada, quise empezar por ver el Rhin: desperté en mí el

interés que inspira un antiguo conocido; yo le había visto saltar imponente en Schaffhausen formando una cascada de cien metros de altura; yo le había visto pasar fugitivo, bajo el puente de Basilea, con una velocidad de dos metros por segundo; yo en sus orillas he dado deslizaré acaso las mas breves horas de mi existencia... ¿No había de ser para él mi primera visita?

De Strasburgo al Rhin hay una distancia de cuatro kilómetros, que se recorren en cómodos tranvías movidos por vapor; dos hileras de árboles corpulentos dan sombra al camino. Apenas llegais junto al Rhin, su majestuosa presencia os impone respeto. A la izquierda, y á corta distancia, se vé el puente del ferro-carril, monumental y atrevido; á vuestros pies comienza el puente de barcas que conduce á Kehl, primer pueblo de la orilla derecha, donde antes empezaba el territorio alemán. Atravesad el puente de barcas; la corriente impetuosa os salpica; deteneos en medio; mirad río abajo; á la izquierda los Vosgos; á la derecha la Selva Negra; á la izquierda los bosques frondosos, los poéticos valles, la tierra fructífera, los canales cuajados de embarcaciones, la abundancia por todas partes; á la derecha, las selvas agrestes, las campiñas desoladas, las cumbres coronadas de viejos castillos que traen á la memoria la rapina de la Edad Media. En este valle, las tempestades son terribles; acaso no las hay mayores en el mundo; en ninguna parte el trueno retumba con eco mas potente; á veces se diría que las dos orillas se tirotean; el rayo pas, de un lado á otro incendiando bosques enteros. Con frecuencia, los pobladores de la orilla de derecha son azotados por el hambre; por eso, de vez en cuando, pasan el Rhin como pueden, los jabalies y los hombres.

Al volver á Strasburgo lo hice atravesando la Ciudadela; en el centro de esta hay un pequeño monumento dedicado á los alemanes que sucumbieron durante el sitio; sobre el monumento está una águila que en irritada actitud abre su boca mirando hacia Francia.

No lejos de la Ciudadela veo un edificio nuevo coronado por dos grandes cascos prusianos.

—¿Qué edificio es aquel? pregunto.

—Es la universidad que se está construyendo, me contestan.

Antes de ir á la catedral quise visitar la iglesia de San Pedro: es un pequeño templo dividido por un muro, con dos fachadas y dos puertas: la mitad del edificio está consagrada al culto católico y se llama San Pedro el Viejo; la otra mitad, llamada San Pedro el Joven, está dedicada al culto protestante. Los protestantes entran por una puerta; los católicos por otra. Si al fin unos y otros habían de venir á tal cordial inteligencia, no merecía la pena el haber derramado tanta sangre, ni el haber luchado tantos siglos.

La catedral de Strasburgo es el edificio de este género que ha sufrido mas cambios y mas catástrofes. Su vida es un combate continuo con los elementos y con los hombres. En el siglo ix la devoró un incendio; fué reconstruida; en el siglo xi es robada é incendiada por los soldados del duque de Suabia; cinco años despues un rayo la abrasó por completo. Vuélvese á reconstruirla, y en los siglos xii y xiii varias tempestades y varios incendios amenazan su existencia. Mas tarde un temblor de tierra la descuartiza. Al verificarse la reforma cae en poder de los protestantes que hacen desaparecer todos sus ornamentos; los jacobinos demolieron durante la revolución doscientas treinta y cinco estatuas de santos que en aquel tiempo adornaban su exterior. Una noche, feterel, propone en el club demolir también la catedral, pero al día siguiente, cuando esta resolución iba á ser puesta en práctica, el clero salvó la catedral colocando sobre la veleta un enorme gorro frigio que excitó el entusiasmo de la muchedumbre.

Dicho gorro estuvo coronando la torre durante varios meses, sirviéndola como de pararrayos contra la tormenta revolucionaria. Cuando la borrasca pasó, el para-rayos cayó al suelo. Sin duda, había temores de que el peligro durase largo tiempo, pues al caer dicho gorro frigio, se vió que era de hierro, y que hubiera durado todo un siglo en bastante buen uso.

Hoy en aquellas alturas tienen sus nidos las cigüeñas; cigüeñas colosales; monstruosas; están bien allí. En torre gigantesca, nidos de gigantes.

Todas las aristocracias se fueron de Baden en un día: al saltar la ruleta, los principes y millonarios desertaron, y el Gran Ducado se hundió. En vano se han invertido diez años y dos millones de *marcos* en construir la gran balnearia el Friedrichsbad, terminada hace algunos meses. Hoy Baden es presa de los *bourgeois* mas prosaicos y vulgares; en el Lichenthal, en el Trinkhalle, en la sala de Conversación, se miran unos á otros, asombrados al ver que *Baden-Baden* les pertenece en absoluto.

Me he alojado en el hotel Victoria: el gran comedor para doscientas personas, está ocupado por unas ciento treinta escasamente; pero, en efecto, este es Baden: salmon del Rhin, ¿quién lo rechaza?... ¡oh dolor! la salsa es de dulce de ciruelas, pollo con guinda; ternera con grosella...

—¿Mozol! ¿Quién es aquel caballero que preside de la mesa que ni aun para comer se quita los guantes?

—¡Ah! ¡Es uno de los mas ricos zapateros de Hamburgo!

—¿Y aquel otro que tiene tantos brillantes en sus anillos?

—¡Oh! ¡Uno de los primeros prestamistas de Francfort!

Subo al Castillo Viejo (Hohenbaden); quiero mirar desde la terraza del torreón el valle del Rhin y la torre de la catedral de Strasburgo. El guarda me dice que hay que darle un *marco* se lo doy, y él murmura:

—¡Ay, señor, desde la anexión todo va mal! El juego fué suprimido. Ya ve Vd., ¡el juego! ¿Qué cosa mas inocente? El gran duque se ve privado de inmensos recursos. Así es que la mitad de lo que recogemos los que enseñamos estos castillos es para el gran duque...

Senti deseos de darle veinticinco céntimos mas.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Baden-Baden 12 agosto 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almudena, 24